

PARA QUE BAILEN LOS OSOS

José Hugo Fernández

Fragmento

De la novela homónima (Editorial Dos Islas, 2022).

--***--

Los relojes no miden el tiempo, sólo reproducen o imitan el mecanismo de otros relojes. Se impondría entonces precisar hasta qué punto estamos empujando suspiros negros a medianoche cuando encaramos el presente o el futuro como lapsos que pueden ser demarcados con exactitud en nuestro fuero interno. Una cosa es el tiempo que pasa por la clepsidra y otra quizá distinta el que pasa por nuestra memoria, eso debe haberlo pensado alguien antes que él, aunque no recuerda quién. Tampoco tiene el menor interés en delimitar los diferentes estadios del tiempo, ni siquiera está seguro de que ello sea posible. Sólo ha permitido que estas boberías lo desviaran de órbita durante un instante en el que no hubo carritos abandonados por los clientes en el parqueo de Sedano's.

Pudo influir, además, el hecho de que hoy está en Babia desde que se levantó. De lo contrario no se habría permitido el descuido de extraer la foto de la gaveta, pues había resuelto no exponerse esta mañana a los censuradores ojos de Ella. Es que como ayer le dieron el día libre en el supermercado, tuvo a bien aceptar la invitación que en días atrás le extendiera Olga para que fuese a almorzar a su casa.

La decisión no pudo ser más atinada -piensa ahora-, aunque no lo había previsto en su momento. Fue a almorzar con Olga porque después de dedicarse a leer durante la primera mitad del día, no hubiera sabido qué hacer con la segunda mitad. Sin contar que sentía curiosidad por saborear aquel vino francés que ha estado aguándole la boca últimamente aun sin haberlo probado. Y la verdad es que le fue de maravilla. No sólo con el vino. Olga dio muestras de ser una anfitriona muy cordial. Y una conversadora infatigable, lo cual carecería de importancia para él si al mismo tiempo no se hubiera revelado como una lectora pura raza, de esas que parecen haber leído todos los libros. Lo de menos es que haya ocasiones en que su conducta le resulte un tanto indescifrable. Alguna ligera indirecta por aquí, una tenue acotación por allá, preguntas de doble filo sacadas como de la nada y dejadas caer al

desgaire, con inflexiones que a él se le antojan dirigidas a insinuar que ha tenido acceso a referencias sobre su pasado. Claro que probablemente estos celos suyos no pasen de ser figuraciones sin pies ni cabeza, efectos de los desvarios paranoicos que viene arrastrando desde La Habana. Como igual de imaginarias pudieron ser las insinuaciones de coquetería que, según creyó percibir, le deslizaba su anfitriona de vez en cuando. A juzgar por la edad que le calcula, Olga podría ser su madre. Con todo y que si es observada con esmero –como él lo hizo–, resulta fácil advertir que su poder cautivador no radica sólo en la elegancia. Es también atractiva físicamente, deseable.

Por cierto, ahora que lo piensa, ha recordado que ayer, cuando llegó a su casa, Olga salió a recibirlo sin maquillaje y algo despeinada, envuelta en una especie de camisón de franela, como si recién se hubiese tirado de la cama. Así que lo dejó acomodado en la sala –a cargo de la primera copa de Chinon Les Barnabe–, mientras ella volvía a perderse en dirección a su dormitorio, para acicalarse. Fue una espera de veinte o treinta minutos, aunque para él no iba a durar más que un soplo, casi mágico podría decir, ya que cuando ella regresó maquillada era otra persona. O más bien era la Olga que él conocía, porque en realidad la otra persona era quien lo había recibido. Esto le trajo a la memoria cierto pasaje de una película de ciencia-ficción en la que un viajero del espacio abandona su nave momentáneamente para explorar un planeta sometido a una potente energía gravitatoria por estar cercano a un agujero negro. En suma, el viajero permanece ausente durante una hora aproximadamente. Sin embargo, al regresar, constata que en el interior de su nave han transcurrido veinte años.

Lo curioso, en el caso de Olga, es que a él le dio por imaginar que el tiempo había transitado no hacia adelante sino al revés. Obviamente, ella debía lucir mejor después de maquillada. Sin embargo, a él le gustó más la primera, la que no conocía. Incluso, por alguna inexplicable razón, le pareció más joven. Claro que al final se trata de una sola Olga, y todo aquel desbarajuste no había tenido lugar más que en su calenturienta sesera. Pero posiblemente sea lo que le motivó hace un rato para ponerse a pensar en el paso del tiempo y en lo de su carácter ilusorio. Porque parece ser verdad que al menos dentro de nuestra mente el tiempo no discurre a la misma velocidad que en el exterior. O no siempre. Es que ni siquiera pasa por nosotros a un ritmo estable y congruente. A veces nos entretenemos y transcurren las horas como pestañazos. Otras veces los minutos estiran, se hacen interminables, sobre todo para quien espera ansiosamente. No en balde se afirma (tal vez lo afirmó Jung) que para la psiquis humana no existe el tiempo. O acaso no exista en lo absoluto, y su cometido sea igual al de los santos y los ángeles de la guarda, que existen sólo cuando nos conviene creer que existen.

¿Un despropósito? Puede ser, pero a él le funciona soltar este tipo de chorradas para salir de apuros. Diría que se siente amparado por el lastre que la irracionalidad impone hoy a nuestra proyección pública. Sin ir más lejos, con otra argucia muy afín cree haberse librado de la diligencia con que Olga intentaba ahondar ayer de tarde en ciertos pormenores de su vida en La Habana. El pasado es como un golpe de aire –le dijo él–, pasa sin avisar y sin que puedas retenerlo, así que una vez que pasa, ya no es nada. A Olga le causó gracia su modo de escabullirse, pero no insistió. Al menos no en la misma dirección. O sí, pero a través de un rodeo con el que simulaba anteponer lo general a lo personal.

Fue por esa deriva que terminaron hablando sobre literatura en tanto oficio y también como pretexto para la performance ególatra. Él le había llevado como obsequio dos libros suyos, publicados durante la etapa habanera. Y luego de ojearlos muy sucintamente (como si ya los hubiese leído), Olga iba a comentarle que si estaba pensando en reeditarlos, quizás debiera pensar antes en reescribirlos. Esto concitaría un diálogo que aún es capaz de recordar con bastante exactitud, aunque no sabría definir si es porque lo tomó por sorpresa o le preocupó o lo descolocó y lo puso en guardia, como a la espera de alguna oculta premeditación. Él: ¿Tan malos te parecen mis libros que con apenas una ojeada me aconsejas reescribirlos? Olga: Si te sugiero reescribirlos no significa necesariamente que sean malos, sino que deben encajar en ciertas reglas del mercado que resultan nuevas para ti. Él: En Cuba también existen las reglas del mercado. Olga: Pero son distintas, según las de aquí el escritor es ahora más importante que su obra, así que necesita exponerse como autor-personaje dentro y fuera de la trama; allá sigue importando más la obra, pero atendida a leyes aberrantes, pues su aprobación está en dependencia exclusiva del contenido y no de su calidad formal, ni aun de la importancia del autor, sea quien fuere. Él: Coetzee, si no recuerdo mal, anotó que si un libro no puede convencer por sí mismo, al margen de la existencia privada del autor, es porque ese autor ha fracasado. Olga: Coetzee es demasiado inteligente para ignorar que en nuestro actual panorama literario suele otorgársele a lo banal categoría ontológica; de modo que ya no es posible vender libros si no transas con esas nuevas leyes del mercado. Él: Es que el valor de un libro no puede ser determinado por la publicidad y por la circulación mediática. Olga: No debiera quizá, pero es así como se encauza actualmente la literatura; nos guste o no, vivimos en una época en la que todos necesitan, o sienten que necesitan, exhibirse representando un papel como peldaño para triunfar en la vida; no veo por qué los escritores tendrían que ser la excepción. Él: ¿Y no te parece pueril eso de representar el papel de escritor cuando ya demostraste serlo escribiendo libros? Olga: La puerilidad es propia de los escritores, y lo que a mí me parece es que en el fondo la mayoría de ellos disfruta al representar el papel... Olga le había dicho esto último con pereza, sin exteriorizar una toma de posición al respecto, como no fuese la que pudo reflejar el desdén con que levantó los brazos por encima de la cabeza e hizo vibrar todos los dedos de sus finas manos, como ave que emprende el vuelo. Pero a él no le alcanzaría el tino para desmenuzar ese gesto. Sus ojos fueron directos a clavarse en las axilas recién rasuradas, relentes, tersas de la anfitriona; creyó advertir que desprendían una fragancia esencial, olor a hormona alebrestada tal vez. En un santiamén -cuya duración confirmaría la falibilidad de los relojes-, se vio apartado por completo del tema sobre el que conversaban.

Todo fue tan fugaz que ahora no consigue poner orden en los detalles. Sin embargo, está seguro, eso sí, de que alguna señal inhabitual debe haber captado Olga en su expresión, pues iba a bajar los brazos de inmediato y, evitando mirarle a los ojos, musitaría algo así como que es raro que las más fantasiosas actitudes de un escritor se manifiesten con regularidad en el ejercicio de su vida ordinaria. Él quedó en silencio. Tal vez no había entendido bien lo que ella quiso decir. En cualquier caso, debe haber pensado que en boca cerrada no entran moscas, así que más le valdría no hablar antes de asegurarse de que Olga no estaba molesta por su menuda impertinencia y

que aquel veredicto sobre la vida ordinaria de los escritores no lo aludía a él directamente y muchísimo menos guardaba relación con sus axilas. Aunque igual era posible que si guardase relación pero que Olga no lo haya dicho porque estuviese molesta, sino más bien para facilitarle un relajante escape del atolladero.

De hecho, y ya que él continuaba sin pronunciar palabra, Olga se mostró dispuesta a retomar la conversación con la mayor naturalidad. El mismísimo Kafka, nadie menos –dijo–, confesó alguna vez en carta íntima que en su vida ordinaria era alguien bien diferente al Kafka autor: “No escribo como hablo, no hablo como pienso, no pienso como debería pensar, y así sucesivamente hasta las más profundas tinieblas”. Mientras citaba de memoria la confesión del genio praguense, Olga fue levantando de nuevo los brazos, lenta, delicadamente, como si intentara retocarse el peinado. Él no creyó en lo que veía. Pensó que era una trampa de su imaginación. Y lo más probable es que lo fuera –piensa ahora–, con todo y que durante el corto rato que aun iba a durar su visita (el suficiente para vaciar la segunda botella de Olga Raffault), vería a su anfitriona alzando los brazos otra vez, otra y otra.